

Relatos de la conquista espiritual

Armando Bautista Reyes



Capítulo 1

VERDADES CAÓTICAS

Abrumado por la conversión de los indios mediante palios y engaños, fray Francisco de Bustamante, determinó que no podía continuar más con esta blasfemia; que debía romper el silencio y vociferar las atrocidades que se cometían en la Nueva España, ocasionada por la autoridad civil y eclesiástica; que lo mejor, era predicar con fundamentos sólidos aprobados por la teología, que incurrir a la idolatría, refiriéndose al culto en el cerro del Tepeaca.

Bustamante, en su empeño de contradecir al arzobispo fray Alonso de Montúfar, diligentemente pergeñó un sermón, en el que afirmaba decir la verdad, acerca de la devoción que los naturales tenían, hacia aquella imagen de la señora de Guadalupe, la cual tenían por Milagrosa. Dicha devoción le era tan sospechosa al franciscano, porque había otros templos dedicados a la misma advocación, y no iban a ellos; venían de muy lejas tierras como antes lo hacían, reanudando sus viejas costumbres a excepción de las inmolaciones. Además, se percató de que ningún indio la llamaba por su nombre; todos se dirigían a ella como tonanzint.

Al concluir su redacción, el fraile Bustamante se atavió para recitar las laudes de la cinco de la mañana; el primer rezo del día. Cada ornamento de su vestuario, le recordaba el día de su consagración al aceptar los hábitos de la orden franciscana.

La túnica, significaba para él, haber renacido nuevamente en Cristo Jesús; la cuerda (blanca), era el símbolo de la castidad; la capucha, era su protección contra las insignias diabólicas de satanás. Inhaló un poco de aire. Mantuvo firme su decisión.

Abrió la puerta de su aposento y enfiló con los demás hermanos de la orden hacia la nave principal de la capilla del monasterio. Todos portaban un cirio y un rosario. Al llegar a la capilla se acomodaron conforme iban entrando; Bustamante por ser el provincial de la orden, encabezó el rezo de acción de gracias.

- ¡Hermanos! Cubrámonos con la sangre de nuestro señor Jesucristo: por la señal - dijo Bustamante; todos a una sola voz se santiguaron - de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos señor Dios nuestro. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Amén.

Aunque pareciera estar concentrado fray Francisco, su mente era invadida por una serie de pensamientos; tal y como lo era también presa del miedo. Sabía que contradecir al arzobispo Montúfar y pregonar la verdad al pueblo, le ocasionaría so pena de excomunión. ¿Cuál sería su veredicto?

¿Ser transferido a otra provincia o, sería enviado de vuelta a España? O ¿Satirizado y fustigado hasta la muerte? Lo que, si sabía, es que el sermón que pergeñó, era caótico y detonante. De pronto alguien le hizo volver en sí al finalizar el rezo: "paz y bien padre superior fray Francisco. Que tenga un buen día." Respondióle el saludo el fraile Bustamante: "igualmente hermano, paz y bien." Cuatro horas después, sonaron las campanas de la iglesia de San Francisco. La fiesta eucarística, se celebraría exactamente en la capilla de Sant Joseph, contando con la presencia de los miembros de la segunda real audiencia en el lado izquierdo, sin excluir al arzobispo. El resto de las bancas era ocupado por los naturales y uno que otro español situado hasta al frente; mientras que los más pequeños, felizmente cupaban su tiempo, jugando en el atrio. La misa sería presidida por el mismo Bustamante, quien ya se encontraba en el altar, dispuesto a hablar con la verdad entonando el cántico de entrada: Oh María, madre mía; Oh consuelo del mortal.

Ampararme y llevarme A la patria celestial...

Después de haberse leído el santo evangelio, se cantó el credo, a lo que los naturales lo habían aprendido muy bien. Posteriormente se subió al púlpito. Todas las miradas estaban fijamente en él, esperando a que hablara sobre la Natividad de la Virgen. Él deslizó sus ojos en los presentes de izquierda a derecha lentamente. El labio le temblaba. Sus dedos castañeaban con el barandal. Desde su asiento, el obispo Montúfar, preguntó a su secretario, por qué el fraile Bustamante demoraba en decir el mensaje divino de la palabra de Dios. Su intuición le dictaba que lo que oiría no sería nada agradable para los proyectos de la Diócesis. Bustamante, con voz firme y autoritaria habló a los feligreses:

- ¡Ea, pueblos todos, hombres de cualquier raza y lugar, de cualquier época y condición, celebremos con alegría la fiesta natalicia del gozo de todo el Universo: la Natividad de la reina del cielo y medianera de todos vosotros. Tenemos razones muy válidas para honrar el nacimiento de la Madre de Dios, por medio de la cual todo el género humano ha sido restaurado y la tristeza de la primera madre, Eva, se ha transformado en gozo. Ésta escuchó la sentencia divina: parirás con dolor. A María, por el contrario, se le dijo: Alégrate, llena de gracia! Ella fue y es la puerta de la salvación de los hombres. Y muestra su magnificencia a nuestros indios, que abundaban en las tinieblas con la adoración de sus malditos ídolos. Por ella alcanzarán la gracia y el perdón de nuestro señor Jesucristo. Amen - amén, respondieron. Guardó un momento de silencio antes de proseguir con el sermón.

Esta vez sus palabras serían escandalosas; con cierto temor continuó - ¡Hermanos! ¡Os confieso que yo, no soy devoto de aquella imagen que está en el cerro del Tepeaca, que han intitulado con el nombre de Guadalupe; es una obra artística del indio Marcos Cipac; no hay nada milagroso en ella; y todo lo que se le ha atribuido, es falsísimo y os incita

a la idolatría; y esto no es grato a los ojos de nuestro redentor. Él aborrece la idolatría, porque son actos demoníacos.

El mensaje alertó a las autoridades eclesiásticas, mas no a los indios, quienes ni siquiera se sublevaron en su contra, porque no todos tenían conocimiento de esta materia. El arzobispo prestamente ordenó que lo bajaran del púlpito y lo arrestaran: "bajen a ese loco y arréstenlo con cargo de herejía y por provocar insurrección." Su secretario le aconsejó que lo correcto, era dejar que terminase de decir sus calumnias y que lo interrogase en privado. Por su parte el fraile Bustamante prosiguió:

- Exijo a los preladados de esta Nueva España, que detengan esta invención, satánica, pues las limosnas que estos indios vienen ofrecer, ha sido el usufructo de algunos mal vivientes, que sólo se benefician a costa del pueblo. Hasta al momento, no sabemos a dónde van a dar las colectas de esta advocación guadalupana y quién la administra. Miembros de la real audiencia que estáis aquí presente, sean justos en el manejo de estos recursos ayudando a los más necesitados; examinen bien este asunto que es de alta importancia para la evangelización de estos indios; y castiguen con 100 azotes aquél que haya comenzado a pregonar estos falsos milagros que muchos tienen por verosímil; y 200 azotes al que lo dijere de aquí en adelante - al terminar el sermón bajó del púlpito con la frente en alto; no sin antes mirar el rostro enfurecido del arzobispo Montúfar.